

Retrato del linotipista adolescente (y lagunero)

Jaime Muñoz Vargas

Una feliz coincidencia ha permitido que *Iniciación en el relámpago* (no «al», sino «en el»), primera novela de Saúl Rosales Carrillo, se encuentre con sus lectores más cercanos en el año del centenario torreónense. Digo esto porque la obra cuentística de Saúl, de suyo provista de espesa lagunericidad, se adensa todavía más de dicho ingrediente dentro del envase novelístico, de suerte que, si bien universal, asequible para cualquier lector de cualquier parte, el relato destella como verdadero relámpago si un lagunero atraviesa sus renglones. Por eso digo: así sea sin pretenderlo, en el año, casi en el mes del centenario de Torreón nos encontramos con la novela que en todo un siglo nos dibuja mejor gracias a la mano experimentada de un escritor lagunero dotado con ojos para ver, corazón para sentir y entendimiento para juzgar.

La anécdota, tenue en este caso, consiste básicamente en seguir la vida de Damián, en admirar el retrato del linotipista adolescente que, extirpado del mundo que por su breve edad le corresponde, es aherrojado prematuramente al trabajo asalariado. He allí, creo, en pocas palabras, la apretada síntesis de la novela, una novela de crecimiento o *building roman*, como suelen llamar a las historias en las que presenciamos el aprendizaje, por lo general accidentado, traumático, a veces severamente cruel, de niños zaheridos a destiempo con las miserias de la vida adulta.

Por eso creo que los valores de *Iniciación...* no están tanto en la trama cuanto en otras muchas caras del relato. Por ejemplo, no puedo ocultar el placer que me produjo deambular por la prosa en sí misma, llena de malicias literarias del más exigente cuño. Toda la filigrana verbal de «Trópico de cucarachas» y de muchos cuentos recientes de Saúl se encuentra pródigamente extendida en la novela, como si fuera el gran lienzo en el que nuestro maestro-narrador, o narrador-maestro, hubiera decidido volcar en torrentes el colorido de su conocimiento lingüístico, un conocimiento que no es de escritorio, por cierto, sino de hombre con las antenas bien levantadas para captar las voces de la calle, de los medios, de su interior, junto por supuesto con las que ha reunido gracias a su trato con los libros.

El menú de recursos prosísticos es espléndido, tanto que, reitero, es a mi juicio un dechado de novela barroca en la sequedad de la estepa lagunera. Además de los trazos poéticos que se suceden uno detrás del otro, *Iniciación...* juega al palíndromo, explica como sin querer giros del léxico local, calca expresiones populares en la voz de los personajes, encaja implacablemente los estiletos de la grosería más populachera y salaz, bordea los espacios del lenguaje técnico de la política y de la impresión (o sea, del espacio laboral de las imprentas, particularmente del área ocupada por el linotipo), reconstruye la gloria de la bolerística radiofónica cincuentera y, en suma, es un portento narrativo en el que la palabra es vehículo transmisor de placer, tal y como el sonido o el color lo son en el caso de la música y la pintura.

Pero no quiero dejar la frívola impresión de que este nuevo libro de Saúl Rosales es un erudito y lúdico y exclusivo banquete de palabras. Niego que tal sea el único gran mérito de *Iniciación...* Junto a eso, orgánicamente unido a eso, las peripecias de los personajes se ven

enmarcadas por el contexto político y social que los afecta incluso sin que ellos lo adviertan. Leída entonces desde esta perspectiva, es una novela en la que el componente ideológico es enfatizado a la vuelta de cada página ora con referencias a la lucha de los ferrocarrileros liderados por Demetrio Vallejo, ora en las palabras aleccionadoras de Esteban a Damián, ora en los pasajes que, como contrapunto del relato dorsal, recuerdan al lector los estropicios causados al trabajador por Alemán Valdés, Ruiz Cortines y López Mateos.

A propósito de esto, no está de moda que las novelas actuales insistan tanto y de esa manera en lo político. Cuando eso ocurre, la crítica se ensaña con el uso del adjetivo «panfletario», y no ve ni va más allá del inmediato vituperio. *Iniciación...* puede ser, y de hecho es mejor que lo sea, desdeñada por aquellos lectores indiferentes a la precaria situación del hombre, particularmente a la del trabajador apabullado por la explotación, pero es hartamente recomendable para los lectores, digamos, identificados con este tipo de preocupaciones. Porque fiel a sus principios (antepuestos siempre, como no sucede con ninguno de nosotros, a su quehacer estético), Rosales Carrillo se ha reconocido, se reconoce y se reconocerá como un aliado de los trabajadores, sobre todo de aquellos que por su situación (permeada por la ignorancia, la alienación, la indiferencia y el pesimismo) no ven, como el obrerito Damián, las condiciones que impiden su organización y su lucha contra el mercenarismo del que son sumisas víctimas.

Hago sumas y noto que, por todo, *Iniciación...* es una novela redonda, me atrevería a decir *hermosa y conmovedora* si esos adjetivos no estuvieran tan devaluados. Con esta novela, Saúl Rosales Carrillo recoge lo mejor y lo peor de la atmósfera lagunera, dibuja nuestro perfil y nos universaliza, y en fin nos regala con una historia que ya merecía Torreón en sus primeros cien años de terregosa soledad.

En el periódico escribí lo que aquí repito: que esperamos muchos años, pero ya convive con nosotros. Se trata de esta primera novela de Saúl Rosales Carrillo, el principal maestro de literatura que ha tenido La Laguna y, sin duda, uno de nuestros escritores más representativos. Si con *Vuelo imprevisto*, *Autorretrato con Rulfo* y *Memoria del plomo* había legado ya una obra narrativa de sólidas hechuras, con *Iniciación en el relámpago* demuestra que La Laguna también puede producir novelas de largo aliento, espléndidamente escritas y, sobre todo, humanas, humanísimas, comprometidas con el bien y la belleza en preciso equilibrio.

Adiestrada su pluma en todos los afanes vinculados al oficio de escribir, en *Iniciación...* encontramos particularmente un homenaje a la máquina que fue decisiva en la formación de Rosales Carrillo: el linotipo, instrumento decisivo como catalizador de su protovocación por las letras y como vehículo por medio del cual vislumbró su muy temprana conciencia de trabajador asalariado.

No creo que merezca poco elogio la Universidad Juárez del Estado de Durango por haber publicado esta poderosa novela. Como el ámbito en el que se mueven sus personajes es el de Torreón, quizá lo ideal hubiera sido que el auspicio a esta obra correspondiera a alguna instancia de la ciudad casi centenaria, pero es curioso ver que muchos frutos del trabajo literario local no encuentren eco suficiente e inmediato y tienen que tocar puertas en instituciones fuereñas. Lo bueno es que la UJED, y particularmente su responsable editorial, el señor Gabino Martínez, percibió la calidad de esta obra y sin dilación procedió a imprimirla. Desde Torreón, entonces, vaya una felicitación al rector, contador Rubén Calderón Luján, y ojalá que la universidad que él encabeza siga atenta al trabajo (abundante y diverso) de los escritores laguneros. (...) *Iniciación...* es, a mi parecer, un libro que con toda intención recoge, más allá de la trama, el aroma (físico y espiritual) de nuestra región, de suerte que deviene producto artístico doblemente disfrutable para quienes hemos nacido aquí y nos podemos reconocer en cada frase de los personajes, en cada pincelada descriptiva del narrador, en las palabras que nos atraviesan y reconocemos como propias al primer vistazo.

Novela valiosa, *Iniciación...* reitera que en La Laguna se hace notable literatura, y mucho de ello se lo debemos a Saúl. 🗨

Iniciación en el relámpago, Saúl Rosales Carrillo, UJED, México, 2007, 334 pp.

